

un azote que la cubria de vergüenza y la amenazaba las mayores desgracias. Representaron al padre Pichon como un heresiarca, y á todos sus cohermanos como secuaces de aquella espantosa heregía que apellidaron con el armonioso nombre de *pichonismo*; y el gacetero del partido se encargó de insertar en su periódico cuanto pudiese contribuir á inspirar horror contra la nueva heregía. Finalmente, el mismo padre Pichon habiendo conocido sus extravíos aun antes de ver las censuras de los prelados, escribió desde Strasbourg una carta á Mr. de Beaumont, arzobispo de Paris, en la que testificaba desaprobar, retractar y proscribir su propia obra, y encargaba á aquel prelado que publicase su retractacion, como efectivamente lo hizo.

51. Llegamos á la época en que se multiplicaron á porfía los esfuerzos de la filosofia de la impiedad, y en que la Religion se vió sucesivamente atacada con los mas recios golpes. Nada de cuanto hemos visto hasta aquí desde el principio de la Iglesia es comparable con lo que nos queda que ver: todas las sectas ó heregías ceñíanse á negar alguno ó algunos artículos de nuestra creencia, respetando los demás, defendiendo la moral del Evangelio y conservando y fomentando entre los hombres las ideas (aunque no verdaderas en la parte de su error) de religion. Aun en medio del trastorno general que introdujo la llamada reforma en el siglo diez y seis, no acabaron de romperse los lazos formados por el cristianismo: Lutero, Calvino, Bucero, Beza y los demás protestantes frenéticos, hasta los mismos socinianos y anabaptistas proclamaban la existencia de un Dios, la inmortalidad

del alma, la eternidad de premios y castigos, en una palabra, la verdad y necesidad de una religion revelada. Pero en el siglo diez y ocho, y especialmente hácia la mitad de él, aparecieron los enemigos mas furiosos de toda religion y creencia. Bajo el especioso nombre de filósofos y espíritus fuertes, atacaron directamente y sin disfráz alguno hasta los primeros principios mirados siempre como incontestables. Protestando combatir lo que llamaban preocupaciones, pusieron toda su gloria en perseguir y destruir hasta el fundamento del cristianismo, á que daban los nombres de fanatismo y supersticion: negaron sus misterios, negaron su moral, negaron á su autor, en fin, negaron la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, primeras bases de toda religion. Sus talentos, su número, su fama y los medios de que echaron mano les adquirieron una gran influencia, especialmente en la Francia; formóse un partido de incrédulos, propagáronse sus opiniones, y desechando todo respeto divino y humano inundaron con sus producciones impías la mayor parte de la Europa.

En el siglo anterior se habian hecho en Inglaterra algunos ensayos de semejante impiedad, siguiendo sus promovedores los desvaríos de Hobbes, las blasfemias de Spinoza y el pirronismo de Bayle. Toland, Tindal, Woolston y Collins se declararon á un mismo tiempo enemigos del cristianismo, y preludiaron en Inglaterra los combates que sufrió despues la religion en Francia. Este desgraciado reino, despues de la muerte de Luis XIV, comenzó á ser el teatro principal de los incrédulos. Corrióse allí tras de nuevos sistemas, quiso se

sacudir el peso de la autoridad, y se afectó en la manera de pensar una independenciam que se consideraba como la señal de una gran fuerza de espíritu. Esparciendo á millares escritos contra la Iglesia y sus decisiones, folletos y sátiras contra los Papas y los obispos, y otras semejantes producciones en que se socababan los antiguos principios para elevar otros mas favorables á la causa que se habia abrazado, se prepararon los caminos á los esfuerzos de los que no querian ya ni fe ni principios. Notábase en todas las provincias esta tendencia á la irreligion, cuando las asambleas del clero de 1745 y de 1750 espusieron sus temores y alarmas á Luis XV. „Una espantosa filosofia, decia al Rey esta última asamblea, se esparce como un veneno mortal; los escritos llenos de blasfemias se multiplican todos los dias, y si jamás ha habido un tiempo en que debemos asustarnos, es sin duda este en que vivimos.” Tenia en verdad el clero sobrados motivos para hablar de esta manera, pues entonces, mas que nunca, circulaban las obras y se aumentaba el número de los incrédulos. No corresponde á nuestro plan dar una noticia circunstanciada de todos ellos y de cada una de sus nefandas producciones: nos ceñiremos, pues, á hablar de los mas principales, describiendo antes en general el carácter que los distingue á todos.

52. Dos vicios principalmente son los que formaron el carácter de los filósofos incrédulos: el orgullo y la voluptuosidad. Todas sus palabras, obras, instrucciones, doctrinas, conducta, y hasta el tono altanero, arrogante, seco, decisivo, desdeñoso y amargo, manifiestan á

las claras aquel doble principio que dirigia su espíritu y su corazon. Para convencernos basta leer lo que decia uno de ellos mismos (1): „siembran en los corazones de los hombres doctrinas desoladoras, cuyo aparente escepticismo es cien veces mas afirmativo y dogmático que el tono decisivo de sus contrarios. Bajo el orgulloso pretesto de que solos ellos son ilustrados, veraces y sinceros nos someten imperiosamente á sus decisiones magistrales, y trastornando, destruyendo y hollando todo cuanto los hombres veneran, quitan al afligido el último consuelo en sus trabajos y miserias, y arrancan de los corazones el remordimiento del delito y la esperanza de la virtud. ¿Cuál de ellos se propone otro objeto que el de distinguirse? Con tal que sea ensalzado sobre el vulgo, ó eclipse la gloria de sus rivales, lo demás ¿qué le importa? El punto esencial está en pensar de distinta manera que los otros, y así entre los que creen es ateo, y entre ateos creyente.” A este retrato se pueden añadir algunas particularidades de los gefes del filosofismo. El escéptico Bayle, mientras que desprecia á todos, abunda y hierve en obscenidades groseras: no menos licencioso Helvecio, forma como Mandeville la apología directa del vicio: á uno y otro supera La-Mettrie, que no halla contento sino en el lodazal de las máximas mas disolutas: D'Alembert, siguiendo su axioma favorito de reirse de todo, lleva la inmoralidad hasta el último grado de cinismo: Raynal se queja amargamente (2) *de la importancia que se ha querido dar á la*

(1) *Rouss. Emile. tom. 3.*

(2) *Hist. des etablis des Europ. dans les deux Indes lib. 19.*

disolucion: Diderot niega sin rodeos la distincion de lo bueno y de lo malo, del vicio y de la virtud (1): Rousseau decia de sí mismo que se le debian levantar estatuas (2), y en el libro primero de sus confesiones descubre con el mayor descaro las innumerables torpezas de su vida infame y vergonzosa: finalmente, el patriarca de los filósofos llegó hasta el incomprendible orgullo de tener envidia del mismo Dios, y al mismo tiempo consagró una parte de sus ócios á dar á sus contemporáneos y á las generaciones venideras lecciones infames de lujuria por medio de romances y novelas obscenas que componia al intento. Despues de haber citado á los maestros, seria supérfluo hablar de los discípulos, y ostentar una lista triste y vergonzosa de sus nombres odiosos, desde el autor horrorosamente inmoral de la *Guerra de los Dioses*, hasta el ridículo astrónomo que poseia, segun decia él mismo, todas las virtudes. Tal fue el carácter de los que pretendieron nada menos que abolir todo culto, aniquilar todo dogma, destruir toda religion, quitar de en medio la idea de Dios, y en fin, establecer el ateísmo sobre las ruinas de la religion cristiana.

53. Si semejante proyecto se hubiera formado en un pais donde no hubiera sido conocido el Evangelio, ó al menos donde el cristianismo no hubiese sido la religion del estado, aun se admiraria y se haria cuasi increíble tan grande iniquidad en el corazon humano. ¿Qué podrá, pues, decirse al ver fraguada esta conjuracion, ordenado su plan, publicados sus progresos y realizados

(1) *Essai sur le regnes de Claude et de Neron. tom. 2.*

(2) *Lettre á Mr. de Beaumont.*

todos sus designios en el reino cristianísimo? Todas las edades preguntarán con razon, ¿cómo el gobierno de Luis XV no ahogó en su cuna la abominable trama de los que atacaron á un tiempo la religion y la monarquía? Pero dejará de parecer extraño este raro fenómeno cuando se sepa que los mismos que debian oponerse con todo vigor á la conjuracion, fueron los que mas facilitaron sus progresos y triunfos. En efecto, muchos personajes célebres en la historia política de esta época que desgraciadamente rodeaban el trono y eran el alma de todos los consejos, mantenian una correspondencia íntima con los gefes del filosofismo. Los nombres de Amelot, Choiseul, Praslín, Argensan, Maurepas y otros semejantes se hallan en la mitad de este siglo ocupando un puesto sobradamente distinguido, tanto en los anales de la monarquía francesa, como en los fastos de la ciega y furiosa filosofia. Ellos tendieron una mano amiga á los filósofos sus maestros, ellos promovieron el impío edificio de la irreligion; y si por la dignidad de sus empleos, ó por el esplendor de su nacimiento, ó por la grandeza de sus fortunas no contribuyeron á la fatal construccion llevando los materiales con sus propias manos, apoyaron al menos y aplaudieron la empresa. Mas sobre todos ellos una muger, Juana Antonieta Poissons de Estiollés, despues marquesa de Pompadour, que se hizo famosa como son famosos ciertos escollos por los naufragios que han ocasionado, fue la que con su favor reanimó de continuo é hizo avanzar los proyectos de los filósofos anti-cristianos. Abusando del ascendiente que con su fatal belleza habia adquirido sobre el débil Monarca á

quien enredó en sus lazos, se convino con los incrédulos para dispensarles y alcanzarles toda protección. Pero echemos un velo sobre la vergonzosa debilidad de aquel Príncipe, que en su embriaguez voluptuosa contribuyó sin quererlo á aumentar los triunfos de los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia.

54. El mas señalado de estos pretendidos triunfos, y tambien el mas importante y memorable fue la Enciclopedia. Habíase anunciado ésta desde el principio como la obra maestra que debia reunir la cadena de las ciencias, y como el tesoro mas completo de los conocimientos humanos. Teología, metafísica, matemáticas, ciencias naturales, bellas letras, artes liberales y mecánicas, todo en fin debia hallarse en esta vasta coleccion que por sí sola habia de suplir por una abundante biblioteca. Una sociedad de hombres célebres en Europa y principalmente en Francia, se dedicó á esta grande empresa, rectificando y estendiendo el árbol genealógico de las ciencias que propusiera en el siglo antecedente el inmortal Bacon. A la cabeza de esta sociedad se hallaban dos hombres, de los cuales el uno D' Alembert, tenia la reputacion de geómetra incomparable, y se encargó de formar todos los artículos pertenecientes á matemáticas: el otro era de Diderot, que con su extraordinario amor por las artes se ocupaba incansablemente en la investigacion de la mecánica, examinando hasta las mas menudas circunstancias, las máquinas, los instrumentos y hasta el taller de los artífices. Seguian Voltaire y Marmontel, encargados, por lo perteneciente á la historia, á la crítica y á la amena literatura: Rousseau, que

componia los artículos de música: Aubanton los de historia natural: Argenville los de hidráulica y botánica: Monnier los de la electricidad y de los meteoros: Du-Marsais los de gramática: La-Lande los de astronomía: Bernouilly los de maquinaria y óptica: Haller los de anatomía y fisiología: Morreau los de química: Jacourt los de erudicion; y Formey los de moral y jurisprudencia. Tan grande aparato de doctrina y erudicion debia hacer de la Enciclopedia el libro de todas las bibliotecas y el objeto de la admiracion y de los elógios de todo el mundo. D' Alembert dió á luz un prelude ó prospecto que servia de discurso preliminar, en que trazaba el encadenamiento de las ciencias y el encadenamiento del espíritu humano, y que considerado como una obra maestra, contribuyó poderosamente á encender en el público los deseos de ver y adquirir la Enciclopedia. Preconizábase por todas partes esta inmensa coleccion como el mayor concepto del espíritu del hombre, como un monumento que immortalizaria el siglo diez y ocho, confirmándole el renombre que ya principiaba á tomar de siglo de luces. En vista de tantos elógios y de tan magníficas promesas, apresurábanse todos á adquirir aquel mineró de ciencias, cuando despues de publicados los dos primeros tomos vióse repentinamente suspendida la empresa.

55. Los hombres virtuosos y los verdaderos sábios que tenia aun la Francia, se quejaban altamente de los rápidos progresos que iba haciendo de dia en dia el filosofismo y la incredulidad. El padre Berthier, jesuita, que por espacio de diez y siete años redactaba con grande

aplauzo de todos el diario de Trevoux, que habia llenado de elógios el prospecto de la Enciclopedia, escrito por D' Alembert, y que cotidianamente animaba á los enciclopedistas á no desistir de su empresa, luego que leyó el primer tomo y descubrió en él una multitud de artículos que ultrajaban á la religion y á la sociedad, intimó una guerra abierta á sus autores y los denunció al público como enemigos de la Iglesia y del estado. A la verdad, si en algunos artículos mas señalados parecia que los enciclopedistas respetaban aun la religion, en otros, á que remitian siempre al lector, procuraban indemnizarse, destruyendo así en una parte lo que en otra no podian menos de insertar. Cuantos no eran de la secta filosófica, ó no habian sido engañados por ella, advirtieron el objeto principal de la obra por mil rasgos sembrados astutamente: la malignidad de las reflexiones, el arte de aprovecharse de todo para insinuar su doctrina, los sarcasmos, sofismas, objeciones sin respuesta, dudas sin solucion, en una palabra, todos los artificios que sabian emplear tan diestramente los filósofos para lograr su intento, se hallaban reunidos en la Enciclopedia. Murmuróse, pues, de ella abiertamente, y la denuncia del religioso diarista tuvo su efecto. El consejo de estado presidido por el mismo Luis XV, espidió un decreto mandando suprimir los dos primeros tomos ya publicados, y diciendo espresamente que habia reconocido su Magestad hallarse establecidas en la Enciclopedia *muchas máximas destructoras de la autoridad real, aptas solamente á diseminar el espíritu de independencia y de rebelion, y á promover el error, la corrupcion de*

las costumbres, la irreligion y la incredulidad. Este decreto, que llevaba la data de 7 de Febrero de 1752, puso en movimiento á todos los enciclopedistas. Recurrieron á los poderosos protectores que tenian en la corte, y al cabo de diez y ocho meses logró la cábala que se revocase la prohibicion. Publicáronse entonces sucesivamente cinco tomos, hasta la nueva prohibicion que se decretó despues, como veremos mas adelante.

56. Cuando principió á salir á luz la Enciclopedia se hallaba ya muy estendida en Francia y en otros países católicos y protestantes la sociedad de los liberi-muratori ó franc-masones, de la que escribieron los enciclopedistas en el tomo séptimo: „la secta francmasona es numerosa y se compone de todas clases; en todos los países hay franc-masones. En orden á su antigüedad pretenden remontarla hasta el tiempo en que se edificaba el templo de Salomon. Todo lo que se puede penetrar de sus misterios no parece sino loable y dirigido principalmente á fortificar la amistad y la sociedad, y á hacer cumplir lo que los hombres deben practicar unos con otros.” Efectivamente, á primera vista no se descubria en esta sociedad, que ya mas de veinte años llamaba la atencion de los gobiernos temporales y eclesiásticos, sino lo que espresan aquellas palabras que copió el enciclopedista del diccionario de Chambers (1). Para ser admitidos en la sociedad no servia de obstáculo la diversidad de la pátria, ni la diferencia del gobierno, ni la semejanza del culto; pues igualmente eran recibidos los

(1) *Diccion. univ. de las art. y cienc. tom. 5, art. Muratori, pág. 471. Venecia 1749.*

hombres de toda nacion y religion, y de cualquiera condicion y estado. Una alegría no interrumpida presidia sus reuniones nocturnas, y los inocentes regocijos parecian formar todo el objeto de sus banquetes. El espíritu de confraternidad y beneficencia universal reunia á los asociados y formaba de todos una sola familia, en la que una mano bienhechora distribuia abundantes socorros entre los necesitados sin pedir ni esperar el tributo de la gratitud.

57. Tal era á primera vista la esencia y objeto del masonismo, y bajo de esta apariencia de humanidad se adquirió un gran número de secuaces ó adeptos. En cuanto á su origen, es sumamente dificultoso, por no decir imposible, designarlo con precision. Si hubieramos de atenernos á las fábulas de la secta, deberiamos buscar su principio en épocas muy remotas: pues en sus diferentes libros se encuentra asignado su origen ya al tiempo de la conquista de Palestina por Godofredo Bullon, ya al de la primer fábrica del templo de Jerusalem, ya al de la edificacion de la torre de Babel, ya al de la arca de Noé, de quien la secta tomó en algunas partes de Alemania el nombre de noachita, ya finalmente al de Adan, á cuyas épocas fantásticas corresponden muchas palabras hebreas de que se sirve la secta en sus misterios. No carecia de objeto este empeño de los gefes del masonismo en apropiarse tan pasmosa antigüedad. Lograron así persuadir á muchos adeptos que su sociedad habia existido siempre y en todos los pueblos, con lo que era mas fácil hacerles creer que no habia en ella mal alguno, puesto que su origen se perdia en la noche de los tiempos.

Así es que se encontraron algunos tan sencillos que hubieran apostado con su cabeza á que la sociedad se remontaba hasta Hermes Trimegisto, y hubiesen jurado, como de ciencia cierta, que los obreros que trabajaron en el templo de Salomon fueron recibidos de *aprendices*, de *compañeros* y *maestros* por el *venerable* Adoniram.

Los eruditos que, despreciadas semejantes fábulas, han tratado de examinar el origen del masonismo, se han ocupado por lo comun en hablar estensamente sobre los misterios del Egipto, de Eleusis y de Samotracia; sobre las iniciaciones de los brammanes en la India, y sobre los nocturnos congresos de los druidas en las Galias; pero estas misteriosas asociaciones de la antigüedad no sirven á nuestro parecer mas que de un objeto de erudicion, que puede á lo sumo suministrar algun conocimiento sobre la organizacion é influencia de las sociedades secretas en general. Otros han supuesto que el masonismo fue invencion de Oliverio Cromwell, protector, ó mas bien tirano de Inglaterra⁽¹⁾, y esta opinion prevaleció entre algunos literatos. Es cierto, en efecto, que Cromwell con su yerno Ireton y con Sidney, Newil, Wildman, Harrigton, Monk y Fairfaix, formó una union llamada hermandad, y dividida en cuatro clases, que fueron de aprendices, compañeros, maestros y arquitectos ó escoceses. Convinieron entre sí estos asociados en observar el silencio inviolable, y en escluir de la hermandad á las mugeres como inútiles ó nocivas. Pero Cromwell no hizo con esto mas que aplicar á su reunion

(1) *L'esprit de la francmazonerie dévoilée*, n. 8, pág. 66.